SESION DE DIALISIS

por Jesús María Zuloaga Zuloaga

Pre: «Otra vez la palabra ADULTERACIÓN se filtró por entre los temores de la ciudadanía espantada. ¿Qué estaba pasando en la Nación y, por ende, en la Humanidad?»

Se le arruinaba la sangre tres veces por semana.
Pero que agua de cloaca se le ponía. Véase. Los alimentos ingeridos en vez de irse para la alcantarilla, se revolvían rabiosos, hechos puré de miserias y la sangre era veneno, renovado por más veneno.
La alternativa era tremenda. O cambias la sangre, hijo… o mueres.
Así, tres veces por semana.
Y ya se sabe.
En la clínica mandaba más la prisa que la atención y ¡eso que era de las buenas!
Y fue ella, la histérica prisa la que confundió los frascos.
(Ya los sé: queréis saber quién era, cómo se llamaba el paciente. Al final os lo diré)…

*** * ***

Estaba tumbado en la cama escueta del quirófano.
Solía leer cuentos, revistas y hasta ver la «tele» mientras la sanbre mala salía y entraba la buena.
Aquella vez no quiso más que estar.
Cerró los ojos y respiró hondo… para relajarse.
Los médicos miraban con fijeza al aparato que transvasaba la vida. No al enfermo.
Si hubieran mirado…
Pero no lo hicieron hasta el final…
Y entonces…

*** * ***

Ustedes ya saben e que hay quien vende sangre porque sí.
Para comer.

Para comprar «chocolate».
Para dárselo a la «chula» que le plancha las camisas mil veces remendadas.
Pues en los botes destinados a aquel paciente se mezclaron sangres de traficantes de este «pelo».
Sífilis… blenorragia… raquitismo… tuberculosis… drogas…
Todo ello, en «ensalada» letal, entró por las inocentes arterias del paciente.
Todo ello se hizo corriente nueva en el cuerpo abierto como un paréntesis de aquella criatura que esperaba nueva vida.

* * *

—Despertadle… no debe quedar así, tan profundamente dormido…
Fue inútil.
El paciente estaba más allá del sueño.
Le abofetearon.
Le inyectaron.
Le mojaron con el agua repentina del hielo.
Le pusieron de pie.
Dormía, dormía siempre.
Pero…
Sí; en su boca comenzaba a dibujarse un extraño rictus.
—¿Será que agoniza?
El «fonedo» dijo que no.
El «electro» también.
Y el «encelo» rubricó la noticia de que estaba vivo bien.
Pero… el rictus fruncía su línea hasta convertirse en gesto quebrado, como la gráfica de un enfermo febril.
Y con los labios, las manos, principalmente los dedos.
Y antes que los dedos, las uñas.
Iban creciendo milímetro a milímetro, a ojos vista.
Ya se parecían a las garras de aves rapaces.
Y los dedos a los sarmientos.
—¡Por Dios bendito!... ¡Más «fonedo», más «electro», más «encelo»!
La crispación (si tal cosa era lo que apretaba la anatomía del paciente) no cejaba.
—¡Estamos ciegos!... ¡Otra diálisis!... ¡¡Rápido!!
Y en el atropello del miedo volvieron a confundir los frascos.
—Esta sangre es más oscura… ¿Se ha comprobado su clase?
—Sí, doctor…
—¿Sí, doctor?
—Sí…
—¿Sí?
El especialista estrelló los frascos contra el suelo… que pareció huella de batalla reciente.
—Otra sangre… ¡¡¡Yaaaaa!!!
Fue de la buena la que llegó. Eso creyeron…
Pero…

* * *

Cuando todo estaba dispuesto para la esperada diálisis, el paciente, despierto de golpe, quiso coger, como quien roba agua en un oasis, los frascos de la sangre nueva. También cayeron estos al suelo. Y tras el ruido y el líquido derramado se fue el paciente que, a cuatro «patas», comenzó a lamer el suelo con salvaje avidez.

Quisieron retirarle de tan grosera postura y se revolvió peor que una leona preñada.

Tubos y sangre se hacían horror en el quirófano.

—Una camisa de fuerza —gimió no se sabe quién.

Mientras, el paciente lamía y lamía.

Cuando, al modo de los canes sedientos, dejó limpio el suelo, volvió la mirada para los que le rodeaban.

Y cuando todos gritaban esperando lo peor, cayó desvanecido.

* * *

Varios días después (cuatro, cinco, ¿quién podría contarlos?) pasó y repasó la sangre nueva las arterias, las venas del paciente que dormía profundamente un sueño sin más progreso en los fenómenos externos que el ya se dijo.

La boca era casi pico de águila sometido al tormento de un ácido proveniente de la retorta de una bruja.

Las manos, los dedos, quedaron sobrecogidos y amenazantes, pero como en espera de no se sabe qué acción próxima.

—Se repondrá al cabo… —aseguró el doctor, luego de tomar su pulso y observar la pupila de los ojos.

Iba ya a pasar al siguiente enfermo cuando el paciente de las mil sangres, ¡Jesús!, reventó en carcajada de hierro:

—¡Imbécil!...

Y volvió a dormir.

* * *

La letra ele, fue arpón en las carnes del llamado entorno social próximo al paciente. Un diputado de la oposición aprovechó el trance para elevar una moción de censura por como estaba la «despensa» de sangre donada o comprada para el censo necesitado de ella. En la Cámara se le replicó que había otros problemas por delante y el usía tronó con razón porque antes que la sangre sólo podía estar el alma y, que se supiera, hasta la fecha no había el paciente mostrado debilidad en tal parte de su persona. Nombrada una Comisión Investigadora, se supo pronto que las «tomas» examinadas en el Centro de Investigación, había sangre de todo menos de hombre. Otra vez la palabra «adulteración» se filtró por entre los

temores de la ciudadanía espantada. ¿Qué estaba pasando en la Nación y, por ende, en la Humanidad?... ¿Habría que dar por buena la masiva existencia de vampiros?... Y, en tal caso, ¿cuántos vampiros por cada cien habitantes?... No podía ser. La sangre humana donada o comprada debía estar en alguna parte o… lo que resultaría peor, espantosamente, horripilantemente peor, ERA SANGRE INÚTIL COMO HORCHATA PODRIDA… pestilente sangre de ser humano dshilvanado, desconcertado fisiológicamente, diluido en mil licores venenosos… sangre que fue, que no era ni acaso podría volver a ser…

De la Comisión Investigadora Nacional pasó la alarma al mundo civilizado. En el otro, es decir en el ingenuamente titulado Tercer Mundo, estaban tranquilos porque de tan mísero vivir hacinados, con sed y hambre, con epidemias y endemias… su SANGRE ERA SANGRE.

Así, vergonzantemente, se decidió por unanimidad en el Consejo de Seguridad, que otra Comisión Especial, marchara a convencer a los tercermundistas para que dieran, a cambio de… a cambio de… (eso era mucho comprometerse) su SANGRE INMUNIZADA… para salvar a los que, como el paciente loco, podían brotar en cualquier parte, a cualquier hora, en cualquier familia, sin distinción de clases… en el humilde caserío deshabitado para ser alquilado como «casa rural» en el veraneo, hasta la urbe arracimada en sus hormigueros de cemento y… ¡también en los barrios residenciales, como no!

*** * ***

El paciente dormía desesperadamente, profundamente seguido. Una apretada corte de médicos y enfermeros vigilaban cada compás de su respiración.

—¿Le despertamos?...

Nadie osaba ser el primero en la iniciativa incierta.

—¿Una descarga eléctrica a distancia?

—No, podría morir… y nos quedaríamos sin experimento.

—¿Qué hacer?

Cómo respuesta, otra vez… (¡Hastas cuántas, Dios!) el cuerpo del dormido medio se incorporó y gritó:

—¡Imbéciles!...

Cuando ya iban para él, les frenó con otro grito:

—¡Ni aún bebiéndoos unos a otros podréis remediar la maldición por vosotros mismos creada!

Quedaron sobre la sábana las puntas de los dedos de todos.

¡Otra vez dormía!

Pero, sí… SI, SI… algo ocurría en su piel.

No, no eran escamas. Talmente parecía pera de invierno. Esto es más vulgar para el relato, ya lo sé. Pero asía era. Como pera de invierno, o como higo o ciruela pasa… Así se le iba tornando la piel.

—Destapémosle…

—Poco a poco…

Vieron lo que no hubieran querido descubrir.

Las partes habían desaparecido y la forma humana se hacía moco negruzco cuajado en mucosa indescriptible.

Los pies, al

Uno logró salvar el pellejo y, tras cerrar la puerta, cayó entre gemidos y ansias. Al mismo tiempo, una enfermera pálida y llorosa, le enseñaba un papel escrito a máquina con el membrete del clínico establecimiento:

«EL PACIENTE PADECE HIDROFOBIA… ESTA RABIOSO».

El médico, con infantil pero terrible susto, se miró en la mano: una herida de colmillo había dejado allí su firma.

Corrió enloquecido:

—Que me vacunen… que me vacunen…

El gran cretino egoísta no pensó en el paciente que necesitaba urgentemente la última y salvadora diálisis con sangre tercermundista. ¡¡Sólo pensó en él!!

Pero allí dentro, aún quedaba vida para mirar por la ventana.

Los ojos, descubrieron abajo, en los jardines que bordeaban el sitio sanitario, un corro de niños. Y desde el tercer piso, dando un gran grito, saltó sobre ellos…

Primero dio en los hilos del tendido eléctrico.

Luego en las ramas de unos árboles.

Por último en unos arbustos.

Al fin, quedó como un guiñapo mirando desde su no ser a los niños.

Exclamó el más pequeño de ellos:

—Debe tener hambre…

—Pero no tiene manos… —añadió algún otro.

—Démosle en la boca… como a los bebés…

Y pusieron en donde se apretaba el pico de águila un trozo de chocolate.

No sabré describirlo.

Aquella cosa miró con lágrimas en los ojos a sus amigos los niños.

Pero las sirenas de la policía herían el aire.

Bajaron, como vomitados por el pavor, los uniformados servidores del Orden Público. Y con yerto inocente en su resolución, dispararon sobre aquello…

Los niños gritaron inútilmente…

—¡¡No!!!... ¡¡¡Nooooooo!!!

Los ojos quedaron yertos.

El chocolate era un pincelada inacabada en una figura casi abstracta…

* * *

Al día siguiente, la ciudad comenzó también a sentir, hombre a hombre, mujer a mujer, el paso de la mala sangre…

Y, como ocurre entre los hijos de la Creación, estalló esta vez LA GUERRA DE LA SANGRE, tal y como hacía siglos se riñera la del FUEGO.

No ganó nadie.

En el medio de un lago, en una isla, una mujer paría una criatura nueva.

El mundo la miró y vio que era buena.

Pero en aquel preciso instante, la maquinaria de matar llegó a su colmo y el planeta estalló hecho pedazos, roto por su propia energía liberada.

En el aire del cielo, como un pequeño meteorito, la isla con la madre muerta y el niño recién parido, giran en torno a un sol incógnito.

Pero Saturno no duerme como el paciente de mil sangres.

Es el hombre que busca al hombre, dejando el alma en casa.

Y en la casa ya no hay nadie.